

nudosos de los árboles ven entallado en su corteza el nombre de Tancredo. Así, en vez de la musa de la antigua égloga, ceñida de espigas y amapolas, que en su mano ostentaba la colorada poma y rubio racimo, inspira á Tasso el genio lastimero de la elegía campestre, y su alma entristecida llora en el mismo cáliz de las flores y en la misma hermosura de la Creación.

VIII

Complemento del carácter de Erminia y del ideal de Tasso es Tancredo. Encarnación del espíritu caballeresco, Tancredo tiene, como Erminia, alma excesivamente apasionada y lírica. El mismo culto exaltado que la princesa de Antioquía consagra al generoso paladín, dedica éste á la indiferente y fiera Clorinda, en cuyo peto de acero se embotan los dardos del ciego rapaz. La afición desdichada de Tancredo á Clorinda presta á Tasso asunto para dramáticos episodios, en que la magia de la fantasía compite con lo profundo del sentimiento. La pintura no puede copiar escena más bella que la del primer encuentro de Tancredo con Clorinda, rápida y felizmente descrito en el canto I de *La Jerusalén*. El día en que Tancredo hubo vencido á los persas tras encarnizada y larga batalla, cansado ya de perseguir á los fugitivos, ebrio del júbilo de la victoria, pero rendido á punto de muerte, desvióse algo de los suyos, y abrasado de sed, fué en busca de un manantial en cuyas aguas se refrigerase y bañase rostro, manos y labios, que tenía cubiertos de polvo y sangre denegrida. Al fin, en un lugar

apartado y sombrío, pudo advertir que entre verdes matas retozaba una fuentecilla cristalina; pero al intentar beber de sus linfas, apareciósele de pronto peregrina y majestuosa figura, que tomaría por armado mancebo, á no declarar el sexo femenino la mucha hermosura del rostro, y lo largo, suave y brillante de los cabellos, que traía sueltos en undosos rizos, libres del casco. Duró la visión breve instante: conoció Tancredo que la doncella iba, como él, en busca de las claras ondas, y que era del bando pagano; pero aun no bien había podido informarse de la gentileza y brio de la guerrera, cuando ésta, llena de ardimiento y arrogancia, y calado de nuevo el yelmo, atacó al paladín: y no lo pasaría bien el ya amartelado galán, á no llegar sus compañeros, con cuya proximidad se puso en salvo la altiva virgen, huyendo por no caer prisionera.

Desde el punto y hora en que Tancredo conoce así á Clorinda, siente por ella las mismas angustias que Erminia por él. Clorinda es para Tancredo la suspirada Dulcinea, la dama de sus pensamientos: á ella se encomienda antes de entrar en la lid; por ella aspira á cubrirse de gloria peleando. Es la abnegación caballeresca en su mayor grado. No alimenta Tancredo la esperanza, tan natural sin embargo, de hacerse dueño de Clorinda mediante la toma y rendición de Jerusalén; antes piensa ofrecerse á la guerrera como esclavo, cautivo y sujeto á toda su voluntad. Al mismo tiempo, cual por misterioso y fatal impulso, las lanzas de Tancredo y

Clorinda se buscan y tropiezan siempre en el combate. En la primer escaramuza que á la vista de Jerusalén riñen paganos y cruzados, hállase Tancredo frente á frente de la heroína, cuya visera salta á un lanzazo del príncipe, que se queda aterrado al ver esparcirse y flotar la rubia crencha ya admirada en la fuente. Ni por revolver su bridón y tornar al campo con muestras de afrentosa fuga, puede evitar la pelea, pues Clorinda le sigue, tratándole de cobarde. Al fin él, con propósito de declarar á Clorinda su pensamiento, la reta á singular batalla en un sitio apartado, género de cita á que Clorinda acude de muy buena gana. Ya la bizarría guerrera había tomado la ofensiva, dirigiendo su espada al pecho del paladín, cuando éste hace la triste y doliente confesión de su amor. Ni una palabra de Clorinda otorga Tasso al rendimiento de Tancredo: cuando está narrando sus cuitas, sobreviene golpe de gente infiel y cristiana combatiendo, é interrumpe el discurso. Va un cruzado á atacar á Clorinda, queriendo herirla el desnudo cuello, y Tancredo, con furia, se arroja á defenderla; mas así que Clorinda se ve libre de tantos enemigos, derechamente se vuelve á la batalla, y lucha como una leona, sin acordarse ya para nada de los extremos y quejas del príncipe.

Hay profundo atractivo en tan gallarda figura de amazona, por otra parte sensible, compasiva y afectuosa, pero libre de las flaquezas, achaques y caídas femeniles. Nos cautiva en Clorinda la magnanimidad con que salva la vida

de Olindo y Sofronia, y es imposible no advertir el latido de un corazón de mujer en el interés por los dos jóvenes infelices condenados á horrible suplicio. Asimismo es un toque delicado la amistad protectora y vigorosa que á Erminia profesa la guerrera; amistad que estriba en la fuerza por una parte, por otra en la debilidad. Las dos rivales, que ignoran del todo los sentimientos de Tancredo, se quieren tiernamente, y una sola habitación, un lecho solo basta para entrambas. ¡Qué vivo contraste forman! Erminia, impresionable y lánguida, vive soñando con Tancredo: Clorinda, apenas asoma el alba, deja las blandas plumas, requiere su caballo, y se lanza al combate ansiosa de lucha y gloria. Erminia es más humana, está más al nivel general: Clorinda es una creación fantástica, pero de cumplida y perfecta hermosura. Junta las cualidades más nobles del varón, realizadas con la pureza y el pudor femeninos. Es un Aquiles hembra, muy superior al héroe de Homero; Aquiles libre de pasiones, cólera é infantiles arrebatos. No hay que dudar que el tipo de Clorinda está fuera de la realidad, y en cierto modo sobre ella; ni negaré que parece anacrónica é inverosímil la aparición de un alma tan fuerte, elevada y pura como la de Clorinda en aquellas regiones orientales, que se distinguieron por la decadencia, abatimiento y servidumbre de la mujer. No era probable que Clorinda mantuviese su enérgica dignidad entre musulmanes, ni creible que éstos la circundan del respeto y galantería que Tasso finge.

Hay que considerar, pues, á Erminia como hija de la observación, y á Clorinda como engendro de la fantasía del poeta. Quiere Tasso explicar el carácter de Clorinda, suponiéndola hija desconocida del rey de los etíopes, monarca que sigue la ley de Jesús, y revelándonos que por las venas de la casta doncella corre sangre cristiana. En verdad que si el agua del bautismo no ha humedecido aún su frente, Clorinda lleva cierto sello natural de cristianismo, así en la austeridad de sus costumbres, como en la alteza de sus pensamientos y aspiraciones.

Fué cara al siglo xvi la concepción de la doncella andante, de la mujer hermosa y denodada, que con viril esfuerzo asalta ciudades, rompe lanzas y riñe batallas, sin perder la delicadeza y gracias del sexo. De las tradicionales guerreras del paganismo se pasó á las heroínas de la caballería, las Bradamantes y Marfisas del Ariosto, las Britomarcias, las Castianiras, las Orianas, tipos ideales que la literatura vestía con sus mejores galas y romántico atavío¹. Mas ninguna de las creaciones de mujeres militares llega en nobleza y encanto á la altura de la Clorinda de Tasso. Para fundar el valor temerario y las aficiones belicosas de Clorinda, supone el poeta que en la infancia una fiera tigre la ofreció el jugo de sus pechos, y describe así

1 De tal suerte excitó las imaginaciones en el siglo xvi el personaje de la doncella andante, que una gran poetisa francesa, Luisa Labé, fué autorizada por sus padres para tomar parte, á los diez y seis años de edad, en el sitio de Perpiñán, con armas y caballo, y bajo el nombre de capitán Loys.

la interesante escena en que la tierna criatura, risueña y descuidada, hiere con sus manecitas las ubres de la hircana bestia:

.....
 Giunse l' orribil fera, e la superba
 Testa volgendo, in te lo sguardo intese.
 Mansuefce e raddolcio l' acerba
 Vista, con atto placido e cortese.
 Lenta poi s' avvicina, e ti fa vezzi
 Colla lingua, e tu ridi, e l' accarezzi.
 Ed ischerzando seco, al fero muso
 La pargoletta man sicura stendi,
 Ti porge ella le mamme, e come e l' uso
 Di nutrice, s' adatta, e tu le prendi...¹

(*Ger.*, C. XII.)

Así es que Clorinda, cuya intrepidez afronta la de los veteranos encanecidos en los campos de batalla, desde la edad primera aprende á manejar diestramente el caballo, á desafiarse las inclemencias del tiempo, los rigores del frío, del hambre, y, en suma, todas las fatigas militares. Como Diana, acosa al jabalí y al gamo en la selva; como Penthesilea, lanza la flecha voladora, rauda y certera, al apetecido blanco. En los encuentros que se suceden ante los muros de Jerusalén, la espada de Clorinda es la

¹ «Llegó la horrible fiera, y volviendo la soberbia cabeza, clavó en ti la mirada. Con plácida y cortés muestra, amansó y endulzó la dura vista. Acercándose después lentamente, te halagó con la lengua, y tú riendo la acariciaste. Y jugando con ella, tendiste serena tu mano infantil á su fiero hocico; ella entonces te presentó las tetas, y, á manera de nodriza, se inclinó, y tú las tomaste.»

esperanza de los sitiados; su dardo es el único que consterna á los cristianos, hiriendo á Godofredo. Mas el instante en que el carácter de Clorinda se muestra hondamente dramático y conmovedor, es el de la muerte. Entonces se ve de un modo claro la elevación del espíritu que mora en su gentil cuerpo. Clorinda, reparando tajos y mandobles, peleando con arrojo ciego, pudiera ser hasta vulgar; pero Clorinda, expirante y recibiendo el bautismo, es sublime.

En el episodio de la muerte de Clorinda, embellece Tasso, con las tintas del sentimiento más exquisito, una escena harto frecuente en los libros de caballería: la del singular y nocturno combate en que los adversarios luchan sin conocerse, hallándose á veces tristemente sorprendidos al asomar la luz de la aurora, que les muestra en el del respectivo antagonista el rostro de un compañero ó hermano de armas: escena admirablemente ridiculizada por nuestro Cervantes en la donosa aventura del Caballero de los Espejos. Clorinda, que de noche sale de Jerusalén á incendiar los ingenios y máquinas de guerra de los cruzados, atrevida empresa que realiza con éxito y resolución extraña, es acosada entre las sombras por Tancredo, que no la reconoce, por haberse vestido la doncella negra armadura, muy diferente de la que de ordinario usaba; y el secreto impulso que siempre arrastra al paladín, le mueve á retar á Clorinda y á elegir un sitio retirado para reñir con ella. Siguen angustiosas las peripecias del combate fatal, en que parece que

Tancredo, con empeño loco, busca su propio corazón para traspasarlo, su propia alma para agobiarla de remordimientos. Pelean los adversarios cuerpo á cuerpo como leones: tres veces ciñe Tancredo con sus brazos en fiero nudo el talle de Clorinda, y tres con sobrehumano esfuerzo se descíñe ella estrechando al campeón. Caballerescamente pregunta Tancredo el nombre de tan brioso adversario, y Clorinda con altivez se niega á pronunciar la frase que haría caer de rodillas á su enemigo. Al fin Tancredo, casi agotadas ya sus fuerzas, logra hundir el hierro en el seno de Clorinda, y tibia ola de sangre inunda la cota y sobrevesta de la doncella. Entonces ésta, sintiéndose fallecer, con santa inspiración pide el bautismo que regenera, y la primera palabra que, herida, exangüe, moribunda, dirige á su vencedor y matador, es una palabra varonil: "Amigo."

.....
 Amico, hai vinto: io ti perdon... Perdona
 Tu ancora, al corpo no, che nulla pave,
 All' alma si: deh per lei prega, e dona
 Battesmo a me, ch' ogni mia colpa lave.
 In queste voce languide risuona
 Un non so che di febile e soave
 Ch' al cor gli serpe, ed ogni sdegno ammorza,
 E gli occhi a lagrimar gl' invoglia e sforza '

(Ger., C. XII.)

1 «Amigo, venciste: yo te perdono. Perdona tú también, no al cuerpo, sino al alma: ruega por ella, y dame bautismo que lave todas mis culpas. En estos lánguidos acentos resonaba un no sé qué suave y flébil, que serpeaba por el corazón

Con tan tierna octava comunica Tasso su dolor á cuantos leyeren; pero aún conmueve más la desesperación de Tancredo cuando, al desceñir el casco del vencido, descubre el semblante de Clorinda. La escena es profundamente elegiaca, y el poeta halla asimismo dulcísimos versos, felices imágenes, para pintar el sereno tránsito de la guerrera:

.....
 D' un bell pallore ha il bianco volto asperso
 Come a gigli sarian miste viole
 E gli occhi al cielo affisa, e in lei converso
 Sembra per la pietate il cielo e l' sole:
 E la man nuda e fredda alzando verso
 Il cavaliere, invece di parole
 Gli da pegno di pace. In questa forma
 Passa la bella donna, e par che dorma '

(Ger., C. XII.)

Si este pasaje no es épico, es lo supremo del lirismo, de lo patético y de lo triste. Es la sencillez de las primitivas emociones, traídas de su fuente más honda y pura; á saber: el dolor. La musa no busca ya galas, ni artificio, ni aparato, sino la nota sincera del sentimiento. Tras la congoja que causa el combate á muerte de

de Tancredo, apagando toda cólera y moviendo á los ojos á llorar.»

1 «Está su blanco rostro cubierto de bella palidez, cual si las violas se mezclasen con las azucenas; y fijos sus ojos en el cielo, parece que cielo y sol se vuelven hacia ellos con compasión. Y alzando la desnuda y fría mano hacia el caballero, en vez de hablar, le hace señal de paz. Así expira la hermosa, y parece que duerme.»

Tancredo y Clorinda entre las tinieblas y el pavor nocturno; tras la impresión profunda que produce aquella pelea sin cuartel, en que sudor de angustia y bascas de agonía acometen á los adalides, comunicándose al corazón del que lee, se experimenta calma letal, doloroso éxtasis, paz fúnebre, al ver lucir el alba iluminando el pálido rostro de Clorinda muerta.

No aciertan los críticos que dicen ser el carácter de Clorinda una esfinge, un enigma, claro y humano sólo en el punto de la muerte. Bien trivial se ha hecho ya la afirmación de que la mujer es Galatea, y amor el Pigmalión que la anima y transfigura. Mirada la naturaleza femenina desde uno solo de sus aspectos, no lo discuto; más ahí está la historia para mostrarnos á veces tipos vaciados en el molde de Clorinda, que desdeñan el egoísta subjetivismo de la pasión y viven en la esfera objetiva del amor de patria y del entusiasmo de la gloria. ¿Quién soñará en apellidar esfinge y enigma á Juana de Arco, porque no se prendó de ninguno de los galantes señores franceses que la rodeaban? ¿Porque pensó y vivió tan sólo para Dios, para su invadida tierra, para su misión providencial? Clorinda, tal cual la concibe Tasso, pertenece á la raza de seres superiores que llevan en sí fuerza, actividad, inteligencia y temple moral suficientes para respirar con desahogo en la elevada atmósfera del heroísmo. Clorinda, la bizarra guerrera, no puede ser juguete, como Erminia, de los ardides del corazón. Clorinda es verdaderamente épica; y aun en su hermosa

muerte la melancolía y las lágrimas se quedan para el espectador; ella vuela dichosa á la inmortalidad.

Reinaldo es el personaje en quien el poeta de *La Jerusalén* ha concentrado más el interés, y á quien ha otorgado papel más importante en el desarrollo dramático de la acción. Es á la vez Reinaldo figura simbólica y realidad animada y viviente. Representa la naturaleza humana decaída por la culpa, fluctuante y dudosa entre los dos caminos que se ofrecen á su planta—el del mal, ancho, llano y orlado de verdor y flores, y el del bien, angosto, guarnecido de zarzales, sembrado de abrojos y piedras—y al cabo regenerada por la penitencia y el arrepentimiento. Reinaldo personifica la raza de Adán, la eterna lucha del deber y el apetito, cuyo teatro es el alma del hombre, seducido é iluso por aquellas *falsas imágenes que no cumplen lo que ofrecen*, de que habla Beatriz á Dante. Muéstrase Reinaldo impetuoso, colérico, resuelto y noble, de condición altanera y leal, de fantasía viva y ardiente. En su espíritu hay rectitud y en su conciencia vigor; sucumbe á la tentación, pero una voz protesta allá en lo más íntimo de su ser contra el yugo momentáneo del pecado. Reinaldo vive en la esfera del mal como el pez viviría en el aire ó el ave en las olas: fuera de su elemento, congojado, ahogándose. Sin embargo, no acierta por sí sólo á volver á su verdadero centro, y es fuerza que mano vigorosa, divina, le auxilie, haciendo cesar el conflicto. Conflicto interior cuyo espectáculo

es siempre interesante, cualquiera que sea su desenlace, puesto que vemos en él confirmarse nuestra libertad de albedrío; y que fortalece y eleva, cuando como en Segismundo, en Aquiles, en Reinaldo, termina con la victoria y la purificación del alma. Los tres caracteres caballescicos de *La Jerusalén* son los tres grados de la virtud: Godofredo, cristiano perfecto, casi santo, tan immaculado y cándido como su alba sobrevesta; Tancredo, cumplido paladín, enamorado de un ideal, de una representación superior que cree hallar en la tierra porque sus fuerzas no alcanzan á buscarla en el cielo; Reinaldo, mancebo fogoso, terreno virgen que produce cizaña y malas hierbas, pero que brinda al cultivador cosecha de ricos frutos. Tancredo se asemeja al poeta mismo: Tasso, soñador y melancólico, ni poseía la extraordinaria altura moral de Godofredo, ni se dejaba arrastrar, como Reinaldo, á los últimos abismos del vicio. A los tres tipos masculinos corresponden exactamente otros femeninos: Clorinda, pura y fuerte como Godofredo; Erminia, idílica, tierna y flébil, como Tancredo; Armida, poderosa naturaleza capaz de lo malo y de lo bueno, como Reinaldo.

Éste, desde que se presenta, es descrito por Tasso con rasgos y toques seductores. Niño casi, brotándole apenas suave y temprano bozo, desputa ya entre los guerreros cruzados.

.....
 Ma il fanciullo Rinaldo, e sovra questi
 E sovra quanti in mostra eran condutti

Dolcemente feroce alzar vedresti
 La regal fronte...
 L'eta precorse, e la speranza; e presti
 Pareano i fior, quando n'usciro i frutti.
 Se l' miri fulminar nell' armi avvolto
 Marte lo stimmi; Amor, se scopre il volto ¹.

.....
 (Ger., C. I.)

En tan gentil mozo, lindo como una dama y arrogante y valeroso como un Cid, tiene puesta su esperanza el ejército de Godofredo; cuando le ven pasar por entre las tiendas del campamento, con marcial apostura, los soldados cobran ánimo cual si militase en su compañía un ángel fuerte y bello, de invencible espada. Aunque Reinaldo vibre homicida acero contra Fernando, y manche de sangre el estandarte de la Cruz; aunque caiga y se enrede en los lazos y trampas de Armida, deja presentir que rescatará tales faltas con grandes acciones. El canto de las falaces sirenas no transformará á Reinaldo en fiera ó en pez, como á sus compañeros, ni le encenagará para siempre en vida torpe y vil; antes el gallardo doncel sabrá romper las redes, conjurar el hechizo, sacudir el letargo, y alzarse, llagado, y maltrecho, pero firme y animoso. El espíritu de Reinaldo está siempre pronto, aunque la carne flaquee y desfallezca.

1 «Mas sobre todos estos, y sobre cuantos en las filas militaban, vierais al niño Reinaldo alzar con dulce fiereza la regia frente... Adelantóse á la edad y á las esperanzas; y parecía que asomaban las flores cuando brotaron los frutos. Si le miráis resplandecer cubierto con sus armas, le tomaréis por Marte; pero si descubre el rostro, le creyerais el Amor»

Los mismos errores de Reinaldo no carecen de numerosas circunstancias atenuantes. El homicidio de Fernando, se origina de un arrebato de cólera que Fernando provoca con su insolencia y descomedimiento; en cuanto á las seducciones de Armida, no hay para qué explicar lo fuertes y terribles que eran para un mozo fogoso como Reinaldo, en el verdor de las pasiones.

Por señas que aquí no es posible cerrar los ojos á la verdad, callando una condición del poeta de las Cruzadas, que los críticos unánimes declaran y reconocen. La blanda musa de Tasso, toda música, toda halago, toda cadencia, parece que no despliega sus facultades más ricas hasta que se hace cómplice de la magia y artificios de Armida la encantadora. No pidamos á Tasso la austera energía, la severidad implacable con que Dante fustiga los vicios, llamándolos por su nombre, arrancándoles el velo con que la ilusión y la flaqueza los encubren, y poniendo patentes la fealdad y horror del mal. Tasso, en alas de la fantasía y á impulsos de su instinto suave, galano y artístico, borda y recama de frescas guirnaldas y brillantes rosas el tejido de la culpa en que incurre el paladín de Cristo. ¡Qué abismos tan cubiertos de amenidad, verdura y flores! ¡Qué lazos y nudos tan sedosos, regalados y dulces! ¡Qué galanura en las descripciones felicísimas de la deleitable naturaleza, que, pérfida encubridora de los propósitos de Armida, envuelve, cerca y cautiva á Reinaldo, embelesando sus sentidos! Valles

misteriosos y recónditos, leves colinas, grutas sombrías, frescos y celestes lagos, selvas pobladas de rumores confusos y de agrestes inaccesibles retiros, praderías con orla de sauces, caminos tapizados de arenas menudas que al sol centellean como pajuelas de oro: todo con arte dispuesto, pero sin que la mano del arte se adivine; gimiendo ya los árboles bajo el peso de sus maduras pomas, cuando aún espolvorea su ramaje la cándida nieve de los pétalos floridos; cubierta la viciosa vid de racimos en agraz y de piñas purpúreas ya henchidas de miel; ruiseñores que trinan y gorjean al plateado resplandor de la serena luna; brisas que hacen melodiosamente suspirar las enramadas; fuentes que destrenzan su clara linfa y corren sobre guijas áureas, saltando aquí vueltas en menudo aljófara, acullá formando un remanso, en que garridas ninfas se bañan y retozan; palomas que tiernamente se arrullan: arbustos que saturan la atmósfera de embriagadoras esencias, y, finalmente, el pájaro extraño, de soberbio y resplandeciente plumaje, que, agregando á tantos hechizos el de la poesía, canta la incomparable balada de la rosa.

.....
 Deh mira (egli cantò) spuntar la rosa
 Dal verde suo modesta e verginella,
 Che mezzo aperta ancora e mezzo ascosa,
 Quanto si mostra men, tanto e piú bella.
 Ecco poi nudo il sen, già baldanzosa
 Dispiega: ecco poi langue, e non par quella.
 Quella non par, che desiata avanti
 Fu da mille donzelle, e mille amanti.

Così trapassa al trapassar d'un giorno
 Della vita mortale il fiore e l' verde:
 Ne perchè faccia indietro april ritorno
 Ne si rinfiora mai, ne si rinverde.
 Cogliam la rosa in sul matino adorno
 Di questo dì che tosto il seren perde:
 Cogliam d'Amor la rosa, amiamo or, quando
 Esser si puote riamato amando ¹.

(Ger., C. XVI)

El fondo materialista y epicúreo de esta célebre balada se transparente á despecho de la suprema belleza de la forma. Es un epicureísmo melancólico, doliente, condensado en el famoso sofisma de la pasión, "gocemos, que la vida es corta; apresurémonos.". Los poetas italianos del Renacimiento gustaron del tema de la rosa, considerada como símbolo de la brevedad de la humana vida y de la efimera y caduca gloria de la belleza: idea pagana, que ya Safo y sus imitadores latinos expresaron en composiciones líricas. Pero nadie redondeó tanto el pensamiento, ni le dió intensidad y galanura

1 «Mira (cantó) cuál despunta la rosa, modesta y virginal, entre sus verdes hojas, y medio abierta y medio oculta, cuanto menos la vemos, más bella parece. Mas he aquí que, desnudo el seno, se despliega ya atrevida: he aquí que en pos languidece, y ya nadie la creyera aquella, antes tan deseada de mil doncellas y de mil amantes. Así pasa, al pasar un día, la flor y el verdor de la vida mortal; y aunque de nuevo torne Abril, no reflorece ni reverdece ella nunca. Cojamos la rosa en la frescura matinal de este día que tan presto pierde su brillo; cojamos la rosa de amor; amemos, hoy que nuestro amor puede hallar correspondencia.»

como Tasso. Nadie vistió un concepto tan brutal con frase tan hermosa y dulce.

En los fantásticos jardines dispuestos por Armida para que el paladín apure el bebedizo que turba la razón, yace Reinaldo cautivo y ebrio, olvidado del deber y de la gloria; pero no bien divisa á los compañeros que vienen á recordarle su obligación y la cruz que en el pecho ostenta, transfórmase el mancebo, y por sus venas corre nueva sangre y nuevo espíritu. Semejante al generoso corcel que, suelto largo tiempo hace en la pradera, al escuchar los ecos del clarín, alza el hocico dilatado y trémulo, sacude las crines y aguza las orejas impacientes, Reinaldo se estremece de entusiasmo al oír cómo es esperado en el campamento para expugnar la ciudad santa. Saludable vergüenza enrojece sus mejillas: después, el fuego del ardor bélico borra la púrpura del rubor. Ni son parte á detener á Reinaldo en el fatal paraíso de la encantadora isla las lágrimas, quejas y extremos de Armida, que, presa en sus propias redes, adora ya en el paladín y se opone á su marcha con ruegos y ternezas capaces de ablandar las rocas y derretir los hielos de las cumbres. Armida, que aparece tan odiosa en el campo cruzado, sonsacando y distrayendo con blanda risa y falsos halagos á los cristianos caballeros, mueve á lástima cuando, tendida en la desierta playa, revolcándose en la húmeda arena, se mesa el dorado cabello, hiere y ofende el rostro, y puebla el aire de gemidos, no escuchados sino de los sordos escollos y arre-

cifes, y del mar inmenso que, plañidero, se estrella á los pies de la infelice abandonada. Tal es el cruel castigo de la maga traidora. Ejerció sus artes en los desprevenidos cruzados: á los unos trocó en bestias, á los otros hizo renegar de su fe: sembró entre ellos la discordia, el odio, las malas pasiones; vendida á los poderes del Infierno, sedujo á Reinaldo para robar á Cristo el mejor campeón,—mas á pesar de sus artes, rindióse y vino á ser por el cariño esclava de su propio cautivo. Humillada, arrastrándose y de rodillas, se ofrece á seguir á Reinaldo como sierva, como escudero:

.....
 Sarò qual piú vorrai, scudiero o scudo
 Non fia ch' in tua difesa io mi risparmi.
 Per questo sen, per questo collo ignudo
 Pria che giungano a te, passeran l'armi... !.

.....
 (Ger., C. XVI.)

Sostiene á Reinaldo en tan terrible prueba fuerza superior, y Armida ve perderse en el horizonte la blanca vela del bajel que se lleva al paladín.

1 «Seré lo que tú prefieras: escudero ó escudo; no me verás ahorrar mi vida por defenderte. Por este seno y desnudo cuello pasarán las armas antes de llegar á ti.»

XI

El viaje de Carlo y Ubaldo al través del Océano para buscar á Reinaldo, es una de las inspiraciones más felices de *La Jerusalén*. La misteriosa isla en que Armida oculta al paladín, incidente tomado de la *Odisea*, carece por lo mismo de originalidad; pero la travesía de los dos campeones por los ignorados mares que se extienden más allá de las fatídicas columnas de Hércules, junta al prestigio de lo fantástico el palpitante interés de la realidad. Tasso, en la concepción del viaje de los dos paladines, abandona el servilismo clásico y se entrega libremente al impulso juvenil de la nueva musa que por aquellos mismos años dictaba á Luis de Camoens las bellas octavas de su poema. Como agrada tanto consignar y recordar los homenajes que el genio tributa al genio, trasladaré las estrofas que Tasso consagra á elogiar á Cristóbal Colón:

.....
 Tempo verrà che fian d'Ercole i segni
 Favola vile ai naviganti industri;
 E i mar riposti, or senza nome, e i regni
 Ignoti, ancor tra voi saranno illustri...